



REGRESO A
GAOZU

REGRESO A GAOZU

Copyright © 2023 por Isa J. González

Primera edición, enero 2023

© Arte de la cubierta de Marina Vidal

© Diseño de la cubierta de Laura Soriano Maquilón

Corrección de La Natural Coopmunicació

Maquetación de Pilar Caballero

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN 978-84-125717-7-6

Depósito Legal SE 52-2023

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

I S A J . G O N Z Á L E Z

R E G R E S O A
G A O Z U

Revisión de
Laura Soriano

 **Crononauta**



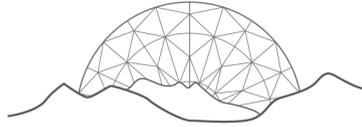
*Para mi madre,
por descubrirme los mundos que se esconden dentro de los libros.*

Para Tati, por ser la luz que necesitaba cuando escribí este.



P R I M E R A
P A R T E





U N O

Después de dieciséis años como basurera, Izzie aún no se había acostumbrado a la visión de la muerte. Aunque su trabajo solía ser sencillo y tranquilo, no era la primera vez que se enfrentaba a un accidente devastador como aquel; no importaba demasiado, pues el mar de cadáveres que flotaban en el vacío, ante ella, seguía revolviéndole el estómago. Supo al instante que el encargo sería complicado. Los accidentes en el espacio siempre lo eran.

Suspiró y estiró los brazos para liberar la sensación acartonada que le recubría la piel. En sus ojos color azabache se reflejó el resplandor azulado de la nave que flotaba a la deriva. Paseó la mirada por ella: ventanas oscuras, superficies de metal estriadas y un boquete en la parte trasera que mostraba las entrañas de la SSC Phoenix. O lo que quedaba de ella.

Era un crucero intergaláctico que unía Marte con las colonias lunares de Júpiter. El típico transporte barato y poco seguro que cogían los mineros y otros trabajadores. Izzie se apoyó en la mesa y se pinzó el puente de la nariz, a medio camino entre el agotamiento y la ira. Sabía que su trabajo era importante para los familiares de los fallecidos, que su labor permitía devolver los cuerpos a sus hogares. Pero joder, cómo dolía.

Lo habitual era que sus responsabilidades como basurera fueran mucho más simples. Izzie disfrutaba de su trabajo, aun cuando significaba recoger la basura que otros habían dejado atrás. Los

desperdicios que llenaban su nave en un día rutinario eran restos de algún satélite de la Era del Desasosiego, fragmentos desprendidos de drones o cargas de algún navío mercante estrellado. Cualquier elemento orbital que pudiera interferir en las vías que unían los diferentes planetas de la Alianza era un peligro potencial. Pero, en las pocas ocasiones en que le habían encomendado la limpieza de un accidente como aquel, la sensación era siempre la misma: Izzie nunca era tan consciente de su propia mortalidad y del peligro que entrañaba viajar en el espacio como cuando veía cómo este se cobraba vidas humanas. La facilidad pasmosa con la que el vacío aniquilaba a aquellos que se adentraban en él la espeluznaba.

A través del holograma proyectado sobre la mesa de mandos central, Izzie distinguió con claridad todos los desperfectos causados por el accidente. La brecha en la cubierta, las esquirlas de metal curvadas a su alrededor, los restos que orbitaban la nave como metralla perdida... Y los cuerpos. Pasajeros muertos, congelados para siempre con un rictus de pavor.

En trabajos como aquel, en el que la mercancía recogida era de carne y hueso, el entusiasmo dejaba paso al malestar. Suspiró de nuevo y se sentó en su silla. Primero tendrían que investigar el interior de la nave, dismantelar cualquier peligro que pudiera entorpecer la faena. Y luego... tocaría recogerlos. Asegurarse de que todos tuvieran su implante de identificación. Rezar para que la aseguradora no pusiera pegos con ninguno.

Izzie amagó un bostezo y volvió a estirarse. Tenía que salir al espacio exterior, a pesar de que lo que quería en realidad era volver a casa, dormir en su cama, ver a su hijo. Olvidar en la seguridad de su hogar, aunque fuera unos instantes, el desamparo de otros.

—Estamos listos, Izz.

La voz de su hermano la sacó de sus pensamientos. Activó el holograma de la muñeca y apareció el rostro de Dav. Él se apartó un mechón de pelo negro de la faz redonda como la luna y dibujó una sonrisa tenue. Le gustaba cómo él llenaba el espacio, con una amabilidad dulce que anulaba lo amenazante de su tamaño. Izzie sabía

que Dav se había llevado toda la belleza familiar: la tez blanquecina, los ojos rasgados y brillantes, los iris del mismo tono oscuro que su corta y lisa melena... De joven, había tenido un aspecto arrebatador que había conquistado a la mitad de Nueva Cassia. Veinte años más tarde, aún mantenía aquel encanto.

Dav ya tenía el traje exterior puesto. De todos los uniformes de protocolo almacenados en la nave, el del espacio era el más aparatoso: contaba con un dispositivo que convertía el dióxido de carbono en aire respirable y tenía una autonomía de varias horas. Era el que usarían para barrer y limpiar de cuerpos y restos la órbita de la SSC Phoenix.

—De acuerdo. Voy —dijo ella y agarró la chaqueta que colgaba de su silla. Se dirigió al piloto rubio que la miraba—. Jorgen, avisa al resto. Vamos a salir.

El hangar de la nave estaba vacío a excepción de los trajes y vehículos de exploración. La tripulación no era muy extensa, por lo que las funciones de cada uno se adaptaban a sus necesidades. Kimani era la ingeniera de a bordo y siempre estaba pendiente del motor o de cualquier desperfecto mecánico. Kazu era el médico de la expedición y, además de cuidar sus cuerpos, limpiaba y arreglaba los cadáveres cuando la misión lo requería. Dav y ella, la capitana, se encargaban del trabajo duro: marcar los fragmentos reutilizables, recoger los cuerpos y acceder a las naves accidentadas. En su día a día, Izzie se ponía el traje, salía al exterior y se adentraba en la negrura del espacio. Se sentía cómoda en esa rutina: barrer era un trabajo emocionante que le permitía explorar, aunque fuera solo un poco, los lugares desconocidos de las estrellas.

Cuando entró en el hangar, Izzie cerró los ojos unos instantes: le gustaba sentir el retumbar del motor en el pecho. La Errante era una nave vieja. La compró de segunda mano al retirarse de la OUS, cuando la inactividad le picaba en la piel; en ese momento de desesperación, habría aceptado cualquier cacharro que volara y la acercara a la inmensidad del espacio. Al final, el cariño había ganado a la senectud, por lo que la tripulación soportaba casi con

alegría las desventajas de tener aquel mamotreto como vehículo. Las constantes reparaciones, la antigüedad de los sistemas o el pobre aislamiento eran solo algunas de las problemáticas asociadas. Y no había nada que Kimani no arreglara con facilidad.

La nave estaba equipada con una grúa que se extendía hasta el lugar deseado. Era útil para recoger los fragmentos más grandes, pero la usaban sobre todo para navegar en la gravedad cero y alcanzar zonas menos accesibles con más soltura. Mientras Izzie se ponía el traje, escuchaba el ronroneo de la maquinaria extendiéndose.

Dav esperaba en la sala de la escotilla. Estaba apoyado contra la pared mientras comprobaba algo en el visor que solo él veía. Había anclado el traje a uno de los ganchos fijos y le tendió, sin mirarla, un cable similar a ella. La capitana musitó un «gracias» mientras se preparaba. Cerró la compuerta y activó la despresurización. Cuando la escotilla se abrió, la diferencia de presión los empujó al exterior. El cable que los sujetaba se estiró con facilidad a su paso y ambos hermanos maniobraron hasta agarrarse a la grúa.

Después de tantos años, aún no se había cansado de la sensación de libertad que la embargaba en el espacio exterior. A pesar de que fuera solo una pequeña pieza más en su rutina y de que lo hiciera casi cada día, Izzie aún notaba la misma emoción que la primera vez que salió. Sonrió para sí misma y dedicó unos instantes a contemplar la negrura que la rodeaba. Desde ahí solo podía ver Marte a lo lejos, un punto rojizo algo más brillante que el resto de estrellas.

En el espacio, Izzie no era basurera. No era exmilitar, ni madre. No era Elizabeth, ni la Capitana Yang. En el espacio, Izzie era solo Izzie.

El paisaje estelar era de tal belleza que casi parecía eliminar los cuerpos flotantes. Casi. En realidad, le recordaba que entre ella y la muerte se extendía solo una fina capa de fibra, tela y cristal. Todavía tenía el estómago revuelto por esa visión. Aun así, no se encogió ante ella. Ese era su trabajo, estaba ahí para darles el final digno que el accidente les había arrebatado.

—Jefa, ¿me recibes? —El rostro rubio y sonriente de Jorgen apareció en su visor. Izzie desactivó la videotransmisión y solo quedó su voz—. La grúa está en posición.

—Perfecto. Empecemos con el barrido.

«Barrer». Dav odiaba esa palabra; para él, los humanos, incluso muertos, no eran simples motas de polvo que limpiar de un módulo. Pero, para Izzie, al recuperar sus cuerpos redimían también las historias que habían fallecido con ellos. Les daban la segunda oportunidad que el vacío les había arrebatado.

—Aquí David. ¿Lista, Izz?

—Nací lista —dijo y le dedicó una sonrisa desafiante a su hermano.

Ambos conectaron el cable a la grúa y esta los condujo con rapidez hacia el agujero de la SSC Phoenix. Los próximos días los dedicarían a hacer el cribado general: marcar los fragmentos aprovechables en verde y los desechables en amarillo, despejar el camino y recoger todos los cuerpos de las víctimas. Las naves basureras, que venían tras ellos, recogerían aquello que habían dejado a su paso. Su trabajo requería precisión y selección: pedía la delicadeza del bisturí y no la brusquedad de la pala.

—Sin rastro de vida, jefa —comentó Jorgen—. Vamos, igual que mi cama por las noches.

Puso los ojos en blanco. No necesitó mucho esfuerzo para imaginarse la sonrisa estúpida de Jorgen. Sin embargo, pese a sus payasadas, el terrícola era un buen piloto. A Izzie le gustaba su profesionalidad cuando estaba a los mandos de la Errante, a pesar de su capacidad incansable para soltar bromas malas.

La ausencia de vida le facilitaba las cosas. Era lo normal en accidentes así, aunque, después de tantos años en la profesión, Izzie había visto de todo: IAs descontroladas, incendios en gravedad cero o carroñeros que buscaban algo para vender en el mercado negro de Nueva Cassia. En este caso, la nave era un crucero espacial, por lo que Izzie no esperaba problemas. Aun así, mientras la grúa los acercaba a la SSC Phoenix, su cuerpo y su mente estaban en tensión. Su corazón tamborileaba una melodía de anticipación.

Al llegar, activaron las botas magnéticas y su cuerpo se ancoró a la superficie metálica de la SSC Phoenix al instante. Navegar por el crucero requería saber en todo momento cuándo necesitaba los pies en el suelo y cuándo era mejor estar en gravedad cero.

El pasillo que se extendía ante ella estaba despejado. La penumbra cubría la estancia y solo unas luces rojas de emergencia, que parpadeaban en las molduras del techo, proporcionaban un fulgor tenue. El cambio de presión había ayudado a vaciar el lugar y ahora solo quedaban las paredes desnudas, desprovistas de toda decoración, como si nunca hubieran sido transitadas. Unos metros más hacia delante, el corredor se dividía en dos. Izzie activó el mapeado que habían trazado los drones y observó la estructura de la nave. El orificio que les había servido de entrada estaba en la popa. Por la derecha se accedía a la zona residencial. A la izquierda, al área técnica donde se hallaban todos los controles, motores y almacenes.

—Dav, tú a la derecha. Yo inspeccionaré las salas de ingeniería.

Él asintió y se separaron. Izzie navegó por el pasillo con lentitud por la falta de gravedad mientras observaba las paredes inhóspitas de metal: el silencio que la envolvía parecía tener textura, peso, cuerpo. Su mente evocó la estancia, la nave entera, llena de pasajeros. Se imaginó las vidas que se habían perdido en el accidente, sus rutinas y sus peculiaridades. Las personas que solían embarcar en ese tipo de vehículos lo hacían para visitar a sus familias o para cumplir con algún trámite importante. Mineros que trabajaban en Europa o Calisto y que solo volvían de vez en cuando a la calidez de sus hogares. Jóvenes que vendían su sudor a las granjas de Eris o su cuerpo al mejor postor. Era el transporte de los más pobres de la Alianza Humana Estelar.

—Oh, joder... —La voz de su hermano interrumpió sus cavilaciones.

—¿Dav?

—Perdona. Acabo de encontrar a la mayoría de los pasajeros. Estaban todos en una de las salas comunes. —Suspiró y su hermana pudo imaginar a la perfección la expresión de derrota en su rostro—. ¿Qué hago? ¿Los marco o los llevamos a la Errante?

—Márcalos y continúa, luego volveremos a por ellos. Quiero registrar primero toda la nave.

Al contrario que su hermano, Izzie no se encontró ningún cadáver por el camino. El pasillo atravesaba toda la SSC Phoenix por un lateral hasta llegar a la parte más inferior, donde estaba el puente de mando, la de máquinas y el resto de estancias necesarias para la navegación. Había recorrido muchas naves similares y había explorado incontables lugares como aquel. Sin embargo había algo que le escamaba en ese trabajo, como una melodía que recordaba pero cuya letra había olvidado. Era una ausencia latente, extraña.

Llegó a la sala de control y abrió la puerta, asegurándose de que no había peligro alguno en el interior. El espectáculo que la recibió le erizó la piel: varios miembros de la tripulación, o lo que quedaba de ella, flotaban a la deriva en la estancia. En sus rostros se reflejaba la desesperación. A pesar de que no quiso fijarse demasiado en sus caras, esas expresiones se le grabaron a fuego en la memoria. Se quedó paralizada unos instantes, analizando la sala. Los ordenadores se habían bloqueado tras el accidente, y eso explicaba el porqué de la falta de gravedad artificial y de luces. Izzie fue marcando, uno a uno, todos los cuerpos que encontró en el lugar.

El ruido de la compuerta cerrándose a sus espaldas la sobresaltó. Por mucha experiencia que acumulara, el miedo era una sombra que se extendía, difícil de controlar. Y los cadáveres no ayudaban.

—Jorgen, aquí Izzie. Haz un escaneado de los rostros, a ver si puedes identificarlos.

Desde la Errante llegó un sonido afirmativo. Jorgen tenía acceso a todas las cámaras de los trajes. La estática llenó el silencio unos instantes y, justo cuando Izzie empezaba a pensar que le había perdido algo demasiado difícil, el piloto volvió a hablar.

—Es raro —comentó Jorgen. Sonaba serio. Demasiado serio hasta para ser él. Como siempre que dejaba atrás las bromas, su acento escandinavo se intensificó—. Todos son ayudantes o suboficiales. No hay nadie cualificado como piloto, capitán o segundo al mando.

Eso no tenía sentido. ¿Por qué no iban a estar los altos oficiales en el puente de mando? ¿Dónde habían ido en el momento del accidente? ¿Es que acaso el radar de la Phoenix no funcionaba?

No tardaría en descubrirlo. Izzie se acercó al ordenador principal delante de la silla del capitán y reactivó la IA de la nave. Estaba algo obsoleta, así que comprobó que tuviera cámara y almacenaje. Necesitaba suficiente información para esclarecer el asunto y, sobre todo, para mantener a los imbéciles de la aseguradora contentos y tranquilos. Por lo general, aquella era la parte más pesada de su trabajo, pero se descubrió con verdadera curiosidad sobre lo que había sucedido en la SSC Phoenix.

Se sentó en la silla, aún con las botas activadas, y se ató el cinturón para no salir flotando. Una vez encendió la anticuada IA, Izzie pudo navegar con facilidad entre los archivos. Se sacó un cable de uno de los bolsillos del traje y lo alargó hasta conectarlo con el ordenador principal. La información empezó a transmitirse hacia la Errante.

—Estoy en el puente de mando, conectada a la IA.

—Perfecto, jefa. —Durante unos minutos, Izzie no escuchó nada más que la respiración acompasada del piloto—. Ya estoy dentro. Joder, ¡cuánta mierda! ¿Esta gente ha limpiado alguna vez?

La sala se iluminó con un resplandor blanquecino: Jorgen había reiniciado el sistema.

—He activado la transmisión. No debería tardar demasiado.

Ese era un proceso rutinario en su trabajo y, en otras ocasiones, Izzie disfrutaba de la pausa para contemplar el paisaje. Eran instantes para alzar la vista y admirar el espectáculo que la rodeaba. Lejos de Marte y de Nueva Cassia, el cielo era sobrecogedor: la Tierra y su hogar se mezclaban con el resto de las estrellas que cubrían la superficie oscura del espacio. En esa ocasión, la capitana Yang no pudo relajarse. La tensión se había apoderado de todo su cuerpo desde que había puesto un pie en el suelo de la nave: en un vehículo a la deriva podía pasar cualquier cosa y ella tenía que estar preparada para ello.

Aun así, dejó que su mirada contemplara, más allá de la pared de vidrio, el universo que se desplegaba en el exterior. Ahí el silencio era más abismal que nunca: invadía los espacios que antes habían estado llenos de vida y, en esa ausencia, brillaba con intensidad. Contrastaba con la sensación de paz que transmitía la quietud absoluta de los lugares vacíos y abandonados. Como si pasara por un mundo que había dejado de existir.

Había algo raro en el accidente. En la posición de la nave, en esa invitación intangible que parecía dirigirles. Izzie no podía desprenderse de la inquietud que la había invadido desde que había contemplado su superficie por primera vez. Se sentía vulnerable, rodeada por algo invisible que parecía examinarla. Las sombras de la penumbra se asemejaban a ojos negros que la observaban.

De repente, la puerta se abrió. Toda la tensión acumulada reaccionó con ella, como si fuera un gato enfadado. Se desató el cinturón y se colocó detrás de la silla para usarla como parapeto. Su pistola desnaturalizadora apuntaba con una precisión militar hacia la entrada. Contuvo la respiración agitada, dominando así los latidos acelerados de su corazón. Apareció en el umbral la figura reconocible de su hermano y ella ahogó un grito, el dedo rígido sobre el gatillo. No había llegado a accionarlo.

—Joder, Dav. Me has dado un susto de muerte.

Él se disculpó con una sonrisa que ella devolvió a duras penas. Su suspiro empañó de alivio el visor del casco. Pero, antes de que pudiera decir nada más, un proyectil cruzó su camino, rozó su silla y se incrustó justo detrás, en el respaldo. Izzie contuvo un grito y se arrojó, rodando, hacia un espacio que la cubriera. Activó las botas magnéticas justo al rozar la pared, anclándose a ella. Todavía llevaba el arma en las manos y apuntó en la dirección de la que había venido la bala.

La puerta se cerró tras Dav, que se apoyaba contra la pared con el arma levantada. Izzie escuchaba su respiración alterada. Para su tranquilidad, no parecía herido de gravedad.

—Dav, ¿estás bien?

—Sí. ¿Qué ha sido eso?

Izzie activó el mapa y vio que habían aparecido tres manchas, invisibles hasta el momento.

—Jorgen, háblame. ¿Qué está pasando?

—Joder, jefa. Ni idea de quién os ha atacado, pero son humanos seguro. Creo que tienen simuladores de temperatura —maldijo el piloto.

—Solo son tres —comentó Dav.

—Que detectemos.

Izzie notaba el pulso acelerado palpar en su cuello. Entonces su mirada se cruzó con la de su hermano y la calma volvió a ella. Dav tenía ese poder tranquilizador, una de las ventajas de trabajar con él. Había sido su primer y mejor aliado desde que eran unos críos y ahora ella era incapaz de imaginar un trabajo, una vida entera, en la que él no estuviera presente. Cogió con fuerza el arma, preparada para atacar en cualquier momento. En la distancia, el segundo al mando la imitó.

—Jorgen, informa de la situación —susurró.

—Tres fuentes de calor han aparecido de repente. Dos han avanzado hacia proa por ese mismo pasillo, y tenéis una rezagada, justo detrás de la puerta. Parece que se haya quedado para emboscaros.

—¿No es consciente de que podemos rastrearlo?

—O quizá solo está dándole tiempo a los demás —propuso Dav.

—Mierda —musitó la capitana. Contó mentalmente hasta tres, todo su cuerpo preparado para atacar—. ¡Ahora, Dav!

Él accionó el interruptor de la compuerta y se apartó con rapidez, mientras ella se asomaba y disparaba al instante. Aunque estaba desentrenada, había sido una buena tiradora en el ejército. El hombre recibió la bala y su traje se frió con él en el interior. Disparó una vez más al cuerpo. Y otra.

Se sentía acelerada. Todo su ser estaba alerta, tenso como un cable. No tenía tiempo para pensar quiénes eran esas personas y por qué estaban ahí. O por qué los habían atacado. Quizá fueran piratas o vagabundos, nómadas buscando algo que llevarse a la boca. Sin

embargo, los vagabundos no tenían armas y los nómadas no eran violentos. Solo quedaba una opción.

—Se han ido hacia proa, hacia la zona de máquinas. Tenemos que seguirlos.

Antes de que pudiera salir disparada en persecución de los demás, Dav la agarró.

—Espera un momento, Izz.

Su hermano se apretaba con fuerza el brazo y ella pudo ver con claridad cómo pequeñas gotas, brillantes y rojas, escapaban de él. Había tapado el agujero con una mano para evitar la descompresión, pero no era suficiente. ¿Cuántos segundos habían pasado desde el tiroteo? Izzie se impulsó con la prisa guiando sus movimientos y se agarró a uno de los asideros, cerca de Dav. Él abrió la mano y estiró el traje mientras la capitana colocaba la imprimación de plástico sobre el agujero.

—¿Eso es estar bien, hermanito?

Dav sonrió y se encogió de hombros.

—Jorgen, ¿has grabado el ataque? —preguntó en un susurro a su comunicador. El piloto gruñó en asentimiento.

—¿Qué eran? ¿Piratas?

—No actuaban como putos piratas —comentó ella—. Los saqueadores esperan a que no haya nadie en la nave para robar. Y no suelen tener tecnología tan avanzada.

—Además, solo son tres. Los piratas aprovechan su superioridad numérica.

—Entonces, ¿qué eran? —repitió el piloto.

—No lo sé.

La mirada de su hermano se clavó en la de ella a través del visor.

—Izz, deberías echarle un vistazo a esto.

Al principio, Izzie pensó que se refería al cadáver del hombre, pero pronto se dio cuenta de que su rostro señalaba a la pantalla que coronaba la sala. Se había encendido cuando el sistema se había reseteado y ahora mostraba todas las cámaras disponibles en el interior. La mayoría enseñaban una nave vacía, desolada. Recorrió

todas las pantallas hasta que, por el rabillo del ojo, visualizó movimiento: en el hangar, una corbeta ligera despegaba, dejando una estela de energía a su paso. Izzie había tenido tiempo suficiente para reconocer su aspecto. Se trataba de una nave de la FLE.

La rabia bulló en su interior. Era una ira anciana y latente, una que llevaba acumulada desde hacía años. Braceó hasta el cadáver del atacante y lo despojó de su traje impersonal. Debajo, pudo ver una chaqueta y un rostro que reconocía. Levian Gianni, de la facción de Aaron Jones. Nunca había hablado con él ni interactuado con algo más allá de un saludo lejano. No hacía falta. Lo habría identificado en cualquier lugar.

—Me voy a cargar a Aaron —susurró, más para sí misma que para los demás.

—¿Jefa? ¿Quieres que inicie un protocolo de seguimiento para investigar quiénes son?

Izzie negó con la cabeza antes de recordar que Jorgen no podía ver el gesto. Alzó la mirada y leyó en los ojos de Dav la misma rabia que la acompañaba a ella.

—No hace falta. Sé perfectamente quién ha sido.